

su velocidad de rotación, ni en la fuerza viva de los planetas, le queda el recurso del polvo cósmico. Quizás no sea la materia aglomerada en grandes globos brillantes, sino la materia disuelta en partículas impalpables, la que más contribuya a la estabilidad del Universo.

Me parece que tales miras, sugeridas por el estudio del Cielo, sirven para preservarnos, aun en la vida práctica, de toda tentación de desaliento y de indiferencia. El historiador, cuya atención se concentra sobre los sucesos de más bulto, puede creer que el género humano no ha vivido sino por algunos hombres. El naturalista, habituado a observar el aplastamiento de los débiles, puede exclamar de buen grado con el poeta: ¡No hace caso el viento de la hoja seca que gime! Uno y otro se pagan de apariencias. La hoja muerta, a su modo y a su medida, acciona sobre el viento. Y en lo humano, según lo proclaman los moralistas, todo acto, por insignificante que parezca, alcanza un valor inmenso cuando se realiza en armonía voluntaria con el orden eterno de las cosas.

Tal conclusión no es para sorprender a un geómetra, hecho a pesararlo todo en una balanza imparcial y a reconocer la influencia ilimitada, en el espacio y en el tiempo, de la menor porción de Universo.

* * *

El **Sphinx Club** ha discutido últimamente, según **The Saturday Review**, las relaciones existentes entre los universitarios y las gentes de negocios. Con tal motivo, escribe Jacques Lux: "En todas partes los universitarios están ya asociados a grandes firmas comerciales. Los jefes de los grandes negocios recurren cada día más a jóvenes de Oxford y de Cambridge, que llegan luego a los primeros puestos.

Muerta está la idea de que el ser un caballero completo y el saber un poco de latín, constituya inferiori-

dad para los negocios, y muerta también está la idea de que sea indigno de un verdadero intelectual el descender a cuestiones de precios y mercaderías y costumbres comerciales."

Mientras tanto, por acá, los pedagogos políticos juegan a la "desintegración" de la enseñanza nacional.

* * *

Gerardo Arundel nos escribe de Londres, entre otras cosas:

Todo el mundo se alegra aquí por lo del asunto Zeppelin en Francia. Inglaterra odia a Alemania más que los Estados Unidos al Japón. Yo me inclino a creer que un desastre material—aquí o en Alemania— tendría buen efecto moral, pues las calamidades pueden despertar el alma de una nación tanto como la de un individuo. Hay en Inglaterra bastante habilidad intelectual, pero se nota muy pocas aspiraciones elevadas, muy poca profundidad de alma.

Lo mismo se puede decir con referencia a todos los otros grandes países en donde prevalece este sistema industrial, y en donde se mantienen y se alaban aristocracias artificiales. Según mi opinión, muchos de los escritos de Tolstoi son la luz y la sal de esta época, aunque no quiero decir que sean perfectos.

La rebelión de las sufragistas crece, en tamaño y en extravagancia. Ahora intentan destruir con bombas los edificios históricos de la famosa escuela de Harrow y el Banco de Inglaterra. Ni para la correspondencia privada hay seguridad, pues ellas introducen sustancias corrosivas o peligrosas en las cajas más importantes. Sobre la cuestión habría mucho que decir. Yo no simpatizo con las sufragistas, pero tampoco con los partidos que se les oponen.

* * *

Le Soir, de Bruselas, dice:

Suponed que el pequeño ejército comandado por las Pankhurst maniobra en otro país, en Francia, por